

y el *Buscón*—; Pablos, protagonista del *Buscón*, representa la antítesis de la sabiduría estoica. Sin embargo, Quevedo adopta una actitud desconocida en Séneca, al incorporar a sus obras una crítica a la sociedad y la decadencia de la España del siglo xvii.

Como el título sugiere, este libro es sólo en parte un análisis y explicación de las mencionadas obras de Quevedo. Es también un estudio de su pensamiento y de sus amistades —Justo Lipsio, Mártir Rizo— relacionadas con el neoestoicismo español. Sirve como complemento excelente a los muchos estudios que sólo ven a Quevedo como autor de obras literarias y políticas.

DANIEL EISENBERG

Florida State University.

FRANCISCO SANTOS, *El no importa de España y La Verdad en el potro*. Estudio y edición de Julio Rodríguez Puértolas. Tamesis Books, London, 1973; lxxv + 205 pp.

El interés de los dos textos de Santos que nos facilita esta edición estriba, en parte, en la nueva luz que sobre ellos proyecta el prólogo de Rodríguez Puértolas. Desarrollando aquí unas ideas expuestas en trabajos anteriores (véanse los dos artículos recogidos en *De la Edad Media a la edad conflictiva*, Madrid, 1972), aboga no por una total reivindicación de Santos, sino por una reconsideración de los criterios con que se le suele enjuiciar. Santos no es, en su opinión, el autor costumbrista que presentan los manuales, sino un testigo privilegiado de la decadencia nacional, que vivió, como muchos contemporáneos suyos, el conflicto de numerosas contradicciones. “¡Ah, pobre España!”: este lema de Santos con que ha encabezado Rodríguez Puértolas su edición expresa de modo elocuente la amargura de la visión que se ha propuesto destacar. Preocupación que encaja perfectamente en la línea de este distinguido continuador de la obra de Américo Castro.

Es cierto que Santos, con el odio instintivo que siente por toda novedad (“Mirad el otro, que inventó nuevo modo de sembrar...”, dice con sarcasmo en la p. 36), con el deseo —tan contrario al de “echar siete llaves al sepulcro del Cid”— de que resucitara Rodrigo Díaz de Bivar, ofrece un terreno de elección para el estudio de los mitos característicos del casticismo hispánico. A este respecto, también son reveladores los títulos *completos* de las dos obras aquí reeditadas: *El no importa de España, loco político y mudo pregonero* y *La Verdad en el potro y el Cid resucitado*. Se publicó la primera en 1667, poco tiempo después de la muerte de Felipe IV, reiteradamente elogiado en ella; la segunda en 1671, y sugestivamente relaciona Rodríguez Puértolas las esperanzas que despertó la “marcha sobre Madrid” de Don Juan José de Austria (1669) con el mesianismo que en ella se advierte (p. lxx).

Ambas desarrollan la consabida ficción del sueño o de la visión fantástica en que desfilan, de un modo aparentemente arbitrario, un

gran número de personajes. Aunque la trama ideológica puesta de relieve por Rodríguez Puértolas es lo que en realidad da cohesión a la serie de cuadritos de que se componen las obras, éstos aparecen unidos, desde el punto de vista formal, por el uso de determinados estribillos: repetición de *no importa*, frase clave que da título a la obra en el primer caso, y en el segundo, fórmula mucho más original, interpolación de fragmentos de romances que evocan al Cid de la leyenda y motivan las más enérgicas protestas por parte del héroe resucitado. Recuerdan estas protestas contra los errores comunes de la tradición oral la rebelión de los personajes en el *Sueño de la muerte*; aunque cobran en Santos, por correr a cargo del Cid, una dimensión heroica y moralizante que no se encontraba en la obra de Quevedo.

Algunos de los romances citados por Santos en *El no importa de España* no figuran en ninguna colección de romances conocida. Dando por supuesto, como Ticknor, que se trata de fragmentos de romances auténticos, Rodríguez Puértolas afirma que demuestran el conocimiento que Santos tenía de lo popular. Pero ¿no cabe dar otra interpretación de la inserción de dichos fragmentos suponiendo que Santos, en este caso más empeñado, si cabe, que en otros en demostrar la variedad de sus dotes poéticas, enriqueciera el ciclo cidiano con romances de su invención, escritos en estilo más o menos arcaizante? El "conocimiento de lo popular" se limitaría en este caso al necesario para escribir hábiles imitaciones. Esperamos con interés el artículo que el crítico tenía en preparación sobre el tema, según anuncia en la p. xxxv.

También parece apresurada la afirmación de que Santos es buen conocedor del cancionero, basada en el único ejemplo de la antítesis *palma/retama*. Contra lo que dice Rodríguez Puértolas, lo que nos parece característico de la obra de Santos es más bien su total desarraigo de la tradición popular auténtica, desarraigo muy propio además, junto con cierta hinchazón pedantesca, del estilo de tantos autodidactas. El rasgo es especialmente aparente en las evocaciones de las bromas y juegos de carnaval (pp. 71 y 136), en las que el análisis moralizante introduce un alejamiento que falsea constantemente el carácter documental del testimonio. El problema es, por otra parte, más complejo: la mera localización de elementos procedentes del cancionero, de romances y refraneros no basta para medir lo popular de un autor. Sería preciso examinar si los integra o no, y en qué forma.

Este es un problema metodológico que Rodríguez Puértolas no se plantea. Tampoco parece preocuparle la necesidad de un examen detenido de las circunstancias vitales e históricas que separan a Santos de Alemán o de Quevedo. En un estudio anterior, señalaba la paradoja de que Santos, "guarda del Campo y criado de Su Majestad", siguiera defendiendo un ideal aristocrático fundado en la supervivencia de las estructuras feudales agrarias cuya defensa era normal en el señor de la Torre de Juan Abad¹. Problema que sería, en realidad, el de todo el post-quevedismo, por la aparente paradoja que hace de este aristócrata un modelo para una serie de autores cuyos intereses de clase deberían colocarles justamente en sus antípodas. Señalemos de

¹ *De la Edad Media a la edad conflictiva*, Madrid, 1972, p. 372.

paso que si Santos coincide con Quevedo en la visión de una España cuyo oro enriquece las demás naciones europeas, contrasta con él al mostrarse bastante crítico en el retrato que traza del mercader español, confrontado con el mercader francés (pp. 56-64). Es este un fragmento cuya importancia señala Rodríguez Puértolas; puede añadirse que donde más evidente se hace el contraste entre Santos y Quevedo es en la inversión de la perspectiva tradicional, que hace de todo ventero un ladrón: Quevedo respeta rigurosamente esta tradición, mientras que Santos, en el pasaje que une las descripciones de los dos mercaderes, presenta a un ventero honrado, francés por añadidura, burlado por la malicia de unos huéspedes españoles poco escrupulosos. Más allá de lo anecdótico, el detalle es revelador de los momentos en que la problemática personal de Santos le lleva a separarse radicalmente de uno de sus modelos preferidos.

De modo general, Rodríguez Puértolas presta más atención a los puntos comunes que a las divergencias, actitud conforme con las ideas y métodos de trabajo de su maestro. Esto le conduce a aceptar sin discutir los conceptos tan borrosos como el de "ideología barroca". Si esta admisión ya parece peligrosa para explicar el pesimismo de un Quevedo, resulta catastrófica a propósito de un Mateo Alemán, colocado una vez más, contra todo lo que permiten suponer las investigaciones más recientes, en el mismo nivel ideológico que Avellaneda y Gracián. ¿Conseguirá Rodríguez Puértolas, en sus futuros trabajos, realizar la síntesis metodológica de la que se declaraba partidario al examinar la tesis de N. Salomon (*De la Edad Media...*, p. 338)?².

MONIQUE JOLY

Université de Lille III.

ALFONSO LÓPEZ QUINTAS, *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors. Una clave de interpretación*. Guadarrama, Madrid, 1972; 434 pp.

Desde la aparición del primer volumen de la *Metodología de lo suprasensible. Descubrimiento de lo superobjetivo y crisis del objetivismo* (Madrid, 1963), el padre López Quintas ha continuado, con

² Falta la llamada que corresponde a la nota 121, p. xlix. En la p. xxxii, nota 77, debe leerse *BH*, no *RH*. Dificultan la comprensión del texto de Santos las erratas siguientes: p. 67: *dice* conocía, *debe leerse* conocí a; p. 112: *dice* os llama bárbara nación, *debe leerse* os llamó...; p. 137: *dice* rabaquera, *por* tabaquera; p. 143: apreos, *por* arreos. En la p. 72, es incomprensible la frase en que se habla de *El licenciado Vidriera*; léase: "ya se acabó el favor para quien no da en bufón, y si no, la fábula sentenciosa del licenciado Vidriera, primer escrito del famoso Cervantes..." En la poesía dialogada de las pp. 139-140, la distribución de las réplicas hace incomprensible el texto. Por fin, en la p. 110, parece que sobra la réplica "Pues yo no", intercalada entre las siguientes: "Tu, dixo el Cid, ya sabes a lo que vienes, pero yo no"... "Pues yo sí, replicó..." Algunos de estos errores proceden sin duda de las ediciones utilizadas para establecer el texto, pero la editorial Tamesis nos tenía acostumbrados a un mayor rigor.